

que el régimen capitalista, al intensificar la producción, ha intensificado también la desproporción de las fortunas y la crisis económica, los que siembran el trigo se quejan también y unen su voz al clamor ascendente de las reivindicaciones sociales. Se quejan de que el coste del cultivo del trigo es superior al precio de venta. Trabajan en pura pérdida.

Como es sabido, los propietarios del suelo alquilan muy caro sus terrenos de cultivo á sus arrendatarios, ó los venden á precios que han excedido del doble en el curso de un siglo. A esos propietarios les agradó ese aumento del valor de sus campos, y les desagradó que disminuya en razón directa de la rebaja del precio del trigo ó inversa del aumento del precio de la mano de obra.

Como los labradores son la mayoría de los electores y se hallan más ó menos sometidos á la influencia de los propietarios del suelo, se ha visto desde hace treinta años resultar elegidos unos legisladores que, respecto del proteccionismo agrícola, han llegado donde jamás llegaron las cámaras censitarias de la monarquía. Es uno de los resultados más notables del sufragio universal en nuestra gran República.

Los electores, ilusionados por sus elegidos, han creído que les convenía pagar más caro el pan que todo el mundo á condición de vender más caro el trigo que cultivan.

Pero hay el ligero inconveniente de que los que cultivan el trigo son menos numerosos que los que comen el pan; resultando que la mayoría se sacrifica en beneficio de la minoría, lo que demuestra una vez más la belleza de la máquina parlamentaria.

Los legisladores, procediendo con prudencia, desplumaron poco á poco su parva para que no gritara mucho, cargando primeramente sobre el trigo un derecho de 3 francos por quintal, luego 5 y por último 7, sobre un valor comercial positivo, en el curso medio del mercado europeo, de 12 á 14 francos.

De modo que el precio del pan, que varía entre nuestros vecinos de 25 á 35

céntimos, rara vez ha bajado en Francia de 40 céntimos, especialmente para los compradores al por-menor, porque los panaderos se han cuidado de retirar de la circulación las monedas de uno y de dos céntimos, para tener pretexto de cobrar una pieza de cinco céntimos por lo que sólo vale una fracción.

A consecuencia de tan lucidas combinaciones, se ha llegado á lo que podía preverse: el cultivo del trigo se ha protegido tan bien que el consumo ha disminuído: se han consumido patatas y otras cosas; hasta se ha comido menos y también se han criado menos hijos y ha habido mayor mortalidad infantil, porque ya se sabe, como dijo Clemencia Royer, la disminución del consumo del pan rebaja fatalmente el término medio de todas las estadísticas.

* * *

Al mismo tiempo que millones de productores se quejan del hambre en el seno del fértil Mediodía, cuando con los graneros desbordantes infames especuladores se entienden á través de las fronteras para subir el precio del pan, la ilustre revista *Nos Loisirs* se entretiene en ponderar las inmensas riquezas naturales del territorio canadiense, fina ironía que llega á propósito, ó documento precioso del que los «innumerables lectores» de dicha revista puedan extraer útil enseñanza.

En 1902 el Canadá produjo más de cien millones de celemines de cereales. Según asegura el jefe del gobierno canadiense, pronto podrá producir el Dominion trigo en cantidad suficiente para alimentar á toda Europa. La verdad es que los que mejor han explorado el país no han podido aún formar idea exacta de la potencia productora de esas tierras maravillosas. En Fort-Simpson, á 62º latitud Norte (latitud de Petersburgo) se cultiva el trigo de mejor calidad; á 200 millas más al Norte se cultiva bien el centeno y la avena, y 200 millas más al Norte todavía no han desaparecido aún la cebada y las patatas. Hay seguramente allí más de treinta millones de hectá-